

# México-Cuba: exiliados

Carlos Martínez Assad

*Las relaciones, los exilios y los desencuentros entre México y Cuba son el polémico tema que aborda en este ensayo Carlos Martínez Assad. Más allá de las actitudes de sus gobiernos se encuentra la profunda complicidad entre sus pueblos.*

## RETROSPECTIVA CON MEMORIA

Ésta es una historia breve de los intensos encuentros de Cuba y México, de los lazos que unen a los mexicanos con los cubanos. En sus respectivos exilios se dieron intercambios entre los dos territorios vinculados geográfica y culturalmente. Ésta es una memoria de la historia más que una historia de la memoria. Es la vida que entretejieron dos pueblos, es una retrospectiva desde ahora: Cuba a la hora del fracaso del socialismo real y del desmembramiento del bloque soviético, México y América Latina a la hora de la transición democrática, Cuba y México a la hora de la hegemonía mundial de los Estados Unidos, Cuba más de cuarenta años después del triunfo de la Revolución hecha gobierno y motivo de ardientes polémicas externas.

Cuba en el momento en que Fidel Castro se encuentra desfasado en el tiempo que rige al planeta, según las diferentes posiciones de un espectro que va de las derechas a las izquierdas. Cuba y las consignas que aún aparecen en las bardas de La Habana: “Resistir, vencer, desarrollarnos”, “Más palante, mucho más palante”. México y el traslado de esas consignas con el embajador Silvio Rodríguez en animado concierto en México convertido en un acto de solidaridad de los jóvenes que hacen olas mientras corean, ¡Cuba! ¡Cuba! y ondean las banderas blanquiazules de la estrella roja y solitaria.

Se hace la oscuridad y miles de luces hacen homenaje. La orquesta comienza y arriba del escenario se extiende una manta enorme: “Abajo el bloqueo”. Aparece Silvio, el catedrático, y ordena papeles mientras canta *La fábula de los tres hermanos, Todo cambió, Pequeña serenata diurna*, y al comenzar *Por quien merece amor*, el público se entrega, canta, canta... Se encienden las luces y el cantautor se despide: “No los vamos a defraudar”.

## EN EL PRINCIPIO

La conquista de América se abrió camino por Cuba y desde allí ordenó Diego de Velázquez partir a Juan de Grijalva. Después de descubrir Champotón, al que llamaron Puerto Deseado, porque urgía a los españoles tocar tierra, llegaron el 8 de junio de 1518 a la desembocadura de un gran río, donde no pudieron anclar sus carabelas por la fuerza que llevaban sus aguas. Desde Cuba llegaba la avanzada de Hernán Cortés para la conquista de la América continental.<sup>1</sup> Le señalaría la ruta por la que el conquistador entró al continente en el año de 1519.

<sup>1</sup> Manuel González Calzada (coordinador), *Décadas del Nuevo Mundo. De cómo vieron y contaron los cronistas de Indias el descubrimiento y conquista de Tabasco*. Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1981, pp. 11-19.



© Rubén Vázquez

Pronto lo que llamaron la Veracruz fue adquiriendo ese aire variopinto que le fue dando la presencia de españoles, indios y africanos. Sobre el trazo de los nuevos poblados de donde surgió lo que hoy se llama La Antigua y donde Cortés estableció el primer ayuntamiento continental, fue decisivo el informe rendido a la Corona por el ingeniero italiano Bautista Antonelli, quien no pudo realizar allí fuerte alguno aunque finalmente edificó obras defensivas tan importantes como el Morro de La Habana.

Los intercambios entre Cuba y México continuaron porque Veracruz se fue consolidando como plaza comercial con intensos contactos con las islas del Caribe y entre ellas San Juan de Puerto Rico y Jamaica. Para el siglo XVIII el puerto veracruzano contaba ya con cinco mil habitantes y según Alexander von Humboldt la cifra ascendió a diecisiete mil al comenzar el siglo XIX. Como puerto abierto al mar, la inmigración de los nativos de los países con los que México mantenía el comercio trasatlántico fue instalándose allí, pero los españoles ya habían estado y continuarían aun después de la independencia sellada en 1821; muchos de ellos eran cubanos que iban conformando su propia identidad.

En los avatares de la independencia por la que luchaban los americanos, el 28 de agosto de 1823 Guadalupe Victoria, el primer presidente de México, envió a

Lucas Alamán, secretario de Relaciones Exteriores, un informe de su conversación con el comisionado inglés el doctor P. Mackie; donde este señor le aseguró que su única intención era impedir que una potencia extranjera ocupara Cuba y al mismo tiempo se trató otro asunto de vital importancia porque, informaba que se dejaba a Cuba el "...arbitrio de aquella isla de constituirse por sí misma o unirse a México".<sup>2</sup> Si la tendencia hubiese continuado Cuba y México serían un mismo país.

El 18 de agosto de 1824, Antonio López de Santa Anna, comandante general del estado libre de Yucatán, solicitó autorización al Ministerio de Guerra y Marina para luchar por la independencia de Cuba. Como el Castillo de San Juan de Ulúa en Veracruz, había quedado en poder de los españoles después de la independencia de México, Santa Anna juzgaba que la unión de ambos países ahorraría los gastos que por ese motivo realizaba el país. Decía:

...el impulso que México dé a la Independencia de Cuba, ha de refluir necesariamente en su favor, y cualquier anticipación que haga ha de serle indemnizada por un país de recursos inagotables atendidos por su localidad, puertos,

<sup>2</sup> *La diplomacia mexicana*. Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), México, 1912, volumen II, p. 127.



feracidad y producciones. Por otra parte su posesión por los españoles, está siempre amenazándonos.<sup>3</sup>

Se rumoró entonces que tropas mexicanas dirigidas por Santa Anna tomarían la isla de Cuba, lo cual fue desautorizado porque éste había actuado por su voluntad personal y no era ésa la posición del gobierno. El punto era delicado porque, en efecto, los españoles podían hostilizar a México desde Cuba.

Los empeños del Presidente Guadalupe Victoria para lograr la independencia de Cuba fueron agradecidos por los cubanos que formaron en México la Junta Promotora de la Libertad Cubana, compuesta por los representantes de los diecinueve partidos administrativos en que se encontraba dividida la isla. El 5 de julio de 1825 le escribían:

Las virtudes generosas de Vuestra Excelencia y aquel ardiente amor a los hombres con que tanto se ha distinguido en la carrera de la libertad de la América, han inspirado a los naturales de la isla de Cuba que se hallan en esta República, sea como mexicanos, o como refugiados de la persecución española, esperanzas tan lisonjeras, que miran en Vuestra Excelencia el protector natural y el benéfico libertador de aquella parte preciosa de la América Septentrional.<sup>4</sup>

Muchas reuniones fueron auspiciadas por el gobierno mexicano con ciudadanos cubanos que se encontraban en la Ciudad de México interesados en la independencia de sus provincias.

El Presidente Victoria propuso al Senado de la República el 8 de octubre de 1825 las bases sobre las cua-

<sup>3</sup> Archivo histórico, SRE, México, expediente 3-14-5155, s/f.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 88-89.

les se efectuaría la expedición a Cuba, entre las que destacaban:

El gobierno de los Estados Unidos Mexicanos se obliga a proteger la independencia de la isla de Cuba sobre las siguientes bases: 1) La nación cubana es independiente de la española y de cualquier otra. 2) Adoptará un gobierno republicano. 3) La isla de Cuba satisfará la deuda que contrajere con los Estados Unidos Mexicanos, causada por los auxilios prestados en la causa de su independencia.

Pero quizá lo más interesante era la que establecía que “el ejército destinado a la expedición se denominará Protector de la Libertad Cubana”.<sup>5</sup> Aun cuando el activismo entre quienes los mexicanos llamaban “nuestros hermanos cubanos” era constante, la expedición fue autorizada por el Presidente Victoria hasta el 12 de mayo de 1828.

Un primer acontecimiento de fuerte intercambio da cuenta de uno de los episodios más nefastos de la intolerancia de la historia americana. En 1847, coincidiendo con la invasión de los Estados Unidos a México, se inició lo que se llamaría la Guerra de castas en Yucatán. Al año siguiente, a la élite lugareña se le ocurrió que había que sacar a los mayas indómitos. Se fue creando a partir de entonces una red de comerciantes, contratistas y hacendados yucatecos y habaneros para el tráfico que hizo posible el flujo de indios mayas a los ingenios cubanos por espacio de trece años.

El gobernador y capitán general de Cuba, Leopoldo O'Donnell, proporcionó préstamos y pertrechos bélicos para la operación. Por su parte, el gobernador de Yucatán, Miguel Barbachano, le agradeció y llegó a estar dispuesto a que la península fuese anexada a los Estados Unidos, a Inglaterra o a España. Las remesas de indios comenzaron y la primera, según el permiso solicitado por Simón Peón, fue de entre trescientos y cuatrocientos mayas. La cuestión era de tal índole racista que Londres denunció en 1855 que los ciento noventa y dos indios a punto de ser enviados a Cuba eran pacíficos y habían sido capturados con el único fin de venderlos.

Para 1861, cuando se impusieron los liberales en México, se puso fin a ese escandaloso comercio que seguramente llevó a varios millares de indios mayas a Cuba, si se toma en cuenta que fueron solicitados permisos para introducir a la isla alrededor de veinte mil yucatecos.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México. Desde 1810 hasta 1830*, Oficina Impresora de Hacienda, Departamento Editorial, México, 1918, tomo I, pp. 297-298.

<sup>6</sup> Javier Rodríguez Piña, *Guerra de castas. La venta de indios mayas a Cuba, 1848-1861*, CNCA, Colección Regiones, México, 1990. También puede verse Romana Falcón, “Cubanos y yucatecos ante el tráfico de indios mayas”, *Revista Eslabones*, número 10, julio-diciembre de 1995, pp. 120-131.

A raíz de la guerra de castas, los indios mayas expulsados fueron a parar en condición de esclavos a los cañaverales de Cuba y, de paso, implantaron el cultivo del henequén en Matanzas. El hecho de que las autoridades cubanas consideraran que se introducía así mano de obra blanca, revelaba que para la segunda mitad del siglo XIX la población negra de la isla superaba el cincuenta por ciento del total.

Aunque la mayoría de los pueblos latinoamericanos rompieron los vínculos coloniales con España, Cuba sólo lograría tardíamente su objetivo. Fue hasta El Grito de Yara el 18 de octubre de 1868 que la lucha insurgente comenzó, se le llamó la Guerra de Diez años porque continuó hasta 1878. Destacó como jefe militar comandante de todos los ejércitos insurgentes, Manuel Quesada, quien había aprendido mucho de la guerra del gobierno de México contra los conservadores apoyados por Napoleón III. Cuando participó en la batalla de Puebla, Quesada acompañó como escolta al Presidente Benito Juárez hasta Saltillo. Ya más tarde, en 1877, escribía sobre el itinerario de su vida:

Derrocado el imperio, marché a mi país natal, isla de Cuba, a pelear por su independencia y, en una de tantas peripecias por las que he atravesado, tuve el sentimiento de extraviar el despacho del empleo antes dicho y como regresé a mi país a continuar en la lucha y en el deseo, por la honra que me resulta, acreditar que por la libertad en México obtuve una tan marcada distinción en el ejército.<sup>7</sup>

En cuanto se conoció en el país el comienzo de la insurrección, las simpatías se expresaron de tal forma que Carlos Manuel de Céspedes, el presidente de la República de Cuba en Armas, escribió a Juárez el 9 de junio de 1869: "Me es altamente satisfactorio que México haya sido la primera nación de América que hubiese manifestado así sus generosas simpatías a la causa de la independencia y libertad de Cuba".<sup>8</sup>

También destacó la voz de Guillermo Prieto abogando por la libertad de Cuba en un acto celebrado el 10 de octubre de ese año al recordarse el primer aniversario de El grito de Yara, el mismo al que la señora Margarita Maza de Juárez acudió a mostrar sus simpatías por pueblo cubano; también participó Ignacio Manuel Altamirano.<sup>9</sup> Muy cerca de la familia Juárez se había encontrado Pedro Santacilia quien, desterrado de Cuba llegó finalmente a Nueva Orleans, allí trabó amistad con Benito Juárez, también desterrado. Después de su encuentro en 1853 surgió una profunda amistad, un acuerdo para sur-



© Rubén Vázquez

tir de pertrechos a la lucha del Benemérito y un parentesco porque al decidir establecerse en México, contrajo matrimonio con Manuela, la hija mayor de Juárez. Ocupó varios cargos en México y su suegro le confió el traslado de su familia a Nueva York en 1864, cuando se tornaba álgida la lucha entre liberales y conservadores.

Tuvo lugar entonces una fuerte oleada migratoria que para 1870 ya había traído a México entre dos y tres mil cubanos inmigrantes dedicados a los cultivos de caña de azúcar y de tabaco en la región del Golfo de México, en particular en San Andrés Tuxtla y en Coatzacoalcos. La agricultura mexicana se benefició con la llegada de esos campesinos que "trajeron el refinamiento del trabajo agrícola de la célebre región de Vuelta Abajo; hombres que se dedicaban al cultivo de las nobles hojas de ese producto de distinción que es el tabaco".<sup>10</sup> En el Puerto de Veracruz la influencia cubana se había puesto de manifiesto con la música que desde hacía tiempo se bailaba. Yucatán acogió a fuertes contingentes y algunos intelectuales cubanos. En Mérida se establecieron tanto el abogado y periodista José Victoriano Betancourt como el controvertido Ildefonso Zenea, fundador de periódicos y que desempeñaba actividades pedagógicas que lo llevaron a Campeche y a Veracruz hasta llegar a la capital.

Ése fue también el itinerario de Alfredo Torroella quien, procedente de Mérida, llegó a la Ciudad de México donde se dio a conocer en una velada en el Teatro Nacional la noche del 15 de septiembre de 1869. Relata Juan de Dios Peza que, cuando terminó de hablar el muy joven Justo Sierra, surgió entre el público un joven desconocido que luego de arrancar una bandera mexi-

<sup>7</sup> Carta del 5 de abril de 1877 en Jorge L. Tamayo, *México y Cuba. Dos pueblos en la historia*, tomo I, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, A.C.

<sup>8</sup> *Idem*.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 102-107.

<sup>10</sup> Bernardo García Díaz, *Puerto de Veracruz*, Colección Veracruz: Imágenes de su historia, México, 1992, p. 110.

cana de las que adornaban el dosel en el cual se encontraba el Presidente Benito Juárez y de identificarse como cubano, improvisó:

De este fausto día  
en que el sol de la gloria reverbera  
dejadme tremolar vuestra bandera  
ya que no puedo tremolar la mía.<sup>11</sup>

Vinieron también Nicolás Domínguez Cowan y José Miguel Macías, quienes encabezaron las actividades independentistas de la colonia cubana en México. Llegó José Martí quien, después de sufrir el destierro en España entre 1871 y 1874, decidió partir pasando por París, atravesando Inglaterra y luego de diez días en Nueva York se estableció finalmente en México donde vivió del 8 de febrero de 1875 al 2 de enero de 1877. Aquí se casó con Carmen Zayas Bazán. Se encontraba en el México de los liberales de Benito Juárez, quien había fallecido en 1872. Es una coincidencia que el exilio que llevó al mexicano a Nueva Orleans le hizo tocar primero La Habana en 1852, precisamente unos meses antes del año del nacimiento de Martí. Éste, en esa su primera estancia en México, apenas contaba con veintitrés años. Sin embargo, su visita más importante fue la que realizó entre julio y agosto de 1894 con la finalidad de buscar apoyo por parte del Presidente Porfirio Díaz para los preparativos de la insurrección independentista que estallaría al año siguiente.

Desde tiempo atrás los cubanos en México se encontraban comprometidos con las actividades del Partido Revolucionario Cubano y Martí cuidadosamente se preocupaba por no generar problemas al país que los recibía. Luis G. Urbina mencionaba que el viaje de Martí “encerraba un secreto a voces: ver al general Díaz”. Federico Gamboa complementaba que “este gobernante le auxilió con fondos para la revolución”. Carlos Díaz Dufoó aseguró que la ayuda consistió “en una fuerte suma de dinero”. El mismo Martí cuenta: “Así, midiendo las horas, fui a México. Lo que deseaba, obtuve: y más hubiera podido obtener tal vez...”.<sup>12</sup>

Muchas actividades llevó a cabo Martí en México; visitó clubes de cubanos y de mexicanos que simpatizaban con la causa, reunió a varios de los inmigrantes ya ubicados como comerciantes en almacenes de muebles o de ropa, otros en la industria y ya destacaba la nutrida colonia de Veracruz, a cuyo puerto llamó: “casa hermana de todos los cubanos peregrinos”. Finalmente el 24 de febrero de 1895 se dio en Cuba el Grito de Baire, que abrió un proceso que culminó hasta 1898, fue esa

la revolución organizada por Martí y el Partido Revolucionario Cubano. El gran patriota cubano murió en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895 dejando una estela de solidaridades en México y su voz:

¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja (...). Tú te ordenarás; tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, —como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas.<sup>13</sup>

El Club Revolucionario Yucatán y Cuba declaró socio de honor a Manuel Irigoyen Lara el 9 de noviembre de 1895. Dos yucatecos escribieron a la muerte de Antonio Maceo, del primero, Rafael Otero Dondé, son estos poemas:

Escena memorable que vio un día  
en su recinto Roma consternada:  
doliente viuda, trágica, enlutada,  
cenizas de Germánico traía;

y al pasar el cortejo por la vía,  
el pueblo prorrumpió con voz airada;  
“¡han muerto el héroe de la patria amada  
y no lo hemos vengado todavía!”

Y, el segundo, José Peón Contreras lo homenajeó con estas palabras:

(...) haced que al cielo vuestro canto suba:  
y lleguen a una voz nuestros cantares  
desde el Golfo de México, a los mares  
que circundan los ámbitos de Cuba.  
¡Gloria a los héroes de sus patrios lares,  
y en tanto el arpa independiente vibre,  
lleve la ola fugaz, humilde o brava,  
cantos y flores para Cuba esclava,  
cantos y flores para Cuba libre!

Más tarde, el 15 de abril de 1897, el escritor Juan A. Mateos alegaba a favor de la lucha encarnizada de los cubanos asediados por los intereses de los españoles y aun de los Estados Unidos ante la posibilidad de agregar otra estrella a su bandera, y en un festejo más de El Grito de Yara leía:

<sup>11</sup> Ramón de Armas, *Las guerras cubanas: luchas y solidaridad, en México y Cuba, op.cit.*, tomo I, p. 253 y siguientes.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 270-273.

<sup>13</sup> Roberto Fernández Retamar, *Martí en México, México en Martí, en Cuba y México, op.cit.* p. 389.

Expatriados de Cuba, que como granos de arena arrebatados por los huracanes de la adversidad os derramáis por todo el continente, llevando en vuestros corazones el sentimiento de la patria y en vuestras arterias el fuego de la independencia, no desmayéis en vuestras luchas: veréis caer uno a uno a vuestros batalladores, pero se alzarán otros y otros combatientes, porque la sangre es el precio de la libertad y con ella la han comprado los pueblos todos de la tierra.<sup>14</sup>

Cuando se fundó la República el 20 de mayo de 1902, uno de los festejos reunió a los yucatecos en Mérida. Allí convivió el gobernador Olegario Molina, identificado con el grupo privilegiado que pasó a la historia como la casta divina, con intelectuales que lanzaron diatribas contra los tiranos españoles. El inspirado poeta tabasqueño José María Pino Suárez, vecindado allí, leyó su poesía: ¡Cuba libre!, que concluía con la estrofa:

Por eso contra la honda y viva saña  
opusiste arrogante el noble pecho,  
y al fin venciste a la grande España,  
¡que era grande, más grande, tu derecho!  
¡Y por eso triunfaste, Cuba hermosa,  
y tras lucha gigante y legendaria,  
brilla al fin en el cielo esplendorosa,  
tu magnífica Estrella Solitaria!

<sup>14</sup> Juan A. Mateos, *Por Cuba libre en México y Cuba...*, *op.cit.*, tomo I, p. 343.

Durante tres décadas la inmigración de cubanos a México fue tal que, a principios del siglo xx, el 0.2 por ciento de la población era de origen cubano. Más notable era por su concentración en Veracruz que por su porcentaje. La colonia cubana sólo era superada en número por la española y estaba tan presente que un periodista llamó al puerto el Cayo Hueso de la República.<sup>15</sup>

Como otros emigrantes, los cubanos exitosos se dieron a conocer por su dedicación al trabajo, fueron dejando una estela que impactó la cultura popular. Si el danzón se inició en Matanzas se adoptó inmediatamente en Veracruz. Pronto se dieron a conocer las orquestas como la de Severiano Pacheco y Albertico Gómez, la de los Chinos Ramírez y otras más. El ritmo se impuso primero extramuros por el rumbo de La Huaca y otros barrios populares. Fue tal la acogida de ese ritmo bailable que aún es frecuente escuchar el alegato de si el danzón es cubano o mexicano.<sup>16</sup>

#### LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Desde la proa del barco Ipiranga el General Bernardo Reyes observa su llegada a la isla de Cuba en mayo de 1911. Viene de Europa, escuchando el llamado del debilitado Presidente Porfirio Díaz quien, en un acto de desesperación, le ha pedido regresar del exilio para hacerse cargo nuevamente de la Secretaría de Guerra. Lo

<sup>15</sup> Bernardo García Díaz, "El legado de la migración cubana" en *Veracruz. Puerto de llegada*, H. Ayuntamiento de Veracruz, México, 2000, p. 61.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 113.



© Rubén Vázquez



intercepta su hijo Rodolfo y le informa que Francisco I. Madero, apoyado por Francisco Villa y por Pascual Orozco, ha tomado Ciudad Juárez, Chihuahua. Reyes tiene que permanecer en La Habana mientras se aclaran los hechos. El buque que lo transportó llegará hasta Veracruz para, de regreso, trasladar al viejo dictador y a su familia al exilio dorado en París.

Para los cubanos la Revolución Mexicana comenzó un poco más tarde con la caída y el posterior asesinato del Presidente Francisco I. Madero el 22 de febrero de 1913. Entre su llegada al Palacio Nacional la mañana del día 9 de ese mes y su muerte será el embajador cubano quien estará más cerca del presidente y del vicepresidente Pino Suárez. Manuel Márquez Sterling dejará el testimonio más conmovedor de esos hechos en su libro *Los últimos días del presidente Madero* publicado en La Habana en 1917. Márquez Sterling había nacido en Lima, Perú, en 1872 y desde muy joven se trasladó

a Cuba y eligió como oficio el periodismo. Al parecer conoció a José Martí en México en donde se encontraba cuando Cuba alcanzó su independencia y volvió a la isla. En el mes de enero de 1913 fue nombrado embajador, el día 7 se registró en el Ministerio de Relaciones Exteriores y el 10 presentó sus credenciales en el Palacio Nacional al presidente, apenas mes y medio antes del inicio de la Decena Trágica.

Relata su impresión: “D. Francisco I. Madero, de frac, pequeño y redondo, con la banda presidencial sobre la tersa pechera de su camisa, me aguarda en la verde y sedosa alfombra”.<sup>17</sup> En sus apuntes destaca que Madero era ya un discípulo entusiasta de Allan Kardek, el escritor de *El libro de los espíritus*, donde se aventura hacia una nueva religión y una ciencia en ciernes.

Desde la tarde del 9 de febrero el embajador cubano se comprometió con los acontecimientos que terminarían con el régimen y con la vida del presidente, al asistir a la junta convocada por el decano del cuerpo diplomático, Henry Lane Wilson, representante de los Estados Unidos. Pronto se dio cuenta que Victoriano Huerta no era fiel a Madero en medio de los combates organizados desde la Ciudadela. Como periodista, el embajador recogió el ambiente que en esos días se vivía en la Ciudad de México.

Al anochecer, las baterías callaban y la ciudad sepultábase en un tétrico silencio de panteón, tarde en tarde, rasgado por alguna ametralladora desvelada. Un bulto que se mueve en la sombra, un ruido extraño, el eco de una voz lejana, bastan para una descarga. Y vuelve todo a su quietud. Los candelabros del Paseo de la Reforma y de las avenidas centrales, lo mismo que los faroles de las calles, permanecen apagados.<sup>18</sup>

El embajador se involucraba en las negociaciones cuando recibió comunicación de que el crucero “Cuba” era enviado por su gobierno con una compañía de infantería con el fin de proteger a sus compatriotas en México. Al negociar con el embajador de los Estados Unidos tuvo oportunidad de conocer la aversión que éste tenía de Madero, cuando le dijo: “¡Oh, si el Presidente fuese un hombre cuerdo estaría solucionada la crisis! Pero... Ministro, no lo dude usted: ¡tratamos con un loco! Y de un loco no puede esperarse nada cuerdo”.<sup>19</sup>

Para el cubano eso fue el inicio de la tónica que privó en los días siguientes, se buscaba la renuncia del Presidente Madero tal como se la propuso el señor Cólogan,

<sup>17</sup> Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero (Mi gestión diplomática en México)*, Imprenta El Siglo xx, Habana, 1917, pp. 164-165.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 374-375.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 405.

representante de España. Pero lejos de eso lo que realmente se fraguaba era su asesinato y su suerte se selló en el documento firmado en la embajada de los Estados Unidos el 18 de febrero a las nueve y media de la noche, por medio del cual Victoriano Huerta era nombrado presidente provisional para convocar a elecciones y Félix Díaz rechazaba algún puesto en el gabinete para prepararse a la convocatoria de las próximas elecciones presidenciales.

El embajador vivió con Madero sus últimos días, convivió con él y con Pino Suárez y conoció sus dudas y angustias en la espera de su eventual salida en tren hacia Veracruz y abordar el crucero “Cuba” para dirigirse a la isla. Pero la intriga continuó tejiendo sus redes y ni la audacia del embajador cubano ni las simpatías del pueblo pudieron evitar el magnicidio y el 22 de febrero el presidente y el vicepresidente fueron asesinados. El crucero “Cuba” fue utilizado por la familia del apóstol, su padre don Francisco, su hermano Ernesto y, enlutadas y llorosas, la viuda doña Sara Pérez, la madre y las hermanas que lo abordaron con la proa hacia el exilio. Pasó la embarcación entre los poderosos buques que el gobierno de los Estados Unidos envió a petición de Wilson.

Las críticas a propósito de lo ocurrido en México fueron frecuentes en Cuba donde el asesinato de Madero se consideró “un atentado a la civilización humana”. Y el 28 de febrero miles de habaneros acudieron a saludar a la familia del apóstol de la democracia. Los inmigrantes mexicanos en la isla organizaron reuniones y actos frecuentes para enaltecer la figura de Madero y analizar los hechos ocurridos. Los exiliados continuaron llegando a la isla durante los años revolucionarios porque era un lugar de tránsito, más de diez mil permanecieron en Cuba.

Desde Cuba se siguió todo el proceso, celebraron el gobierno de Salvador Alvarado en Yucatán porque abolió las deudas de los peones acasillados, porque implantó un espíritu de trabajo y abrió una escuela en cada hacienda. En 1917 fue entrevistado en La Habana un joven general de las fuerzas de Emiliano Zapata.

Su principal misión es demostrar a los pueblos americanos que los fines que persigue la revolución zapatista carecen por completo de aspecto personal en lo absoluto, pues se persigue el triunfo de un alto ideal económico y

social, de reivindicación para el campesino y para el proletariado ciudadano.<sup>20</sup>

El mismo Zapata agradeció la benévola acogida que se dio en Cuba a su enviado, lo cual —decía— “es un indicio cierto de que la intelectualidad cubana se da cuenta de la importancia de este movimiento regenerador y simpatiza con él abiertamente, al reconocerle su indudable justicia”.<sup>21</sup>

La Revolución terminó, pero sus secuelas trajeron todavía muchos problemas, sin embargo, el país conoció la paz hasta los años veinte con el gobierno de Álvaro Obregón. Por cierto, uno de los primeros actos de gobierno fue el que realizó José Vasconcelos como rector de la Universidad Nacional de México: otorgar el doctorado *Honoris Causa* a Manuel Márquez Sterling en 1921 por el papel relevante que tuvo entre los embajadores presentes en los inicios de la Revolución Mexicana.

Había reacciones diferentes en Cuba con respecto a los procesos que acontecían en México. Un episodio excepcional fue el de los apoyos brindados al gobierno de Plutarco Elías Calles por exaltados jóvenes que celebraban sus medidas por la separación tajante entre la Iglesia y el Estado. La revista *El Anticlerical*, órgano oficial de la Federación Anticlerical de Cuba, de la cual era presidente Julio Antonio Mella, consideraba a Calles el “Nuevo libertador de América” o “Una antorcha en las tinieblas del mundo”. Mella llegó a México huyendo del gobierno autoritario de Gerardo Machado, a quien llamó Mussolini tropical, y como exiliado realizó una gran actividad publicando en revistas de izquierda como *El Machete*, órgano del Partido Comunista de México. Llevó la representación de los campesinos al Congreso Antiimperialista celebrado en Bruselas en 1927. Apoyó en manifestaciones a los obreros Sacco y Vanzetti y a la lucha de liberación de Augusto César Sandino. Se le recuerda también por su relación amorosa con la italiana Tina Modotti, también exiliada, que se dio a conocer como excelente fotógrafa y caminaba con ella de la mano por la calle de Abraham González cuando le

<sup>20</sup> R. Rodríguez Lamut, La regeneración del campesino mexicano... en *México y Cuba*, *op.cit.*, p.488.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 498.

Ésta es una historia breve de los intensos encuentros de Cuba y México, de los lazos que unen a los mexicanos con los cubanos.

dispararon los enviados de Machado. Era la noche del 10 de enero de 1929 y Mella no había cumplido veintiséis años. Sus cenizas fueron enviadas a Cuba, tiempo después, en un estuche de maquillaje para dama, quizá para disimular su contenido. Reconocidos intelectuales mexicanos como Diego Rivera, Luis G. Monzón, Hernán Laborde, Alejandro Gómez Arias y Baltasar Dromundo, entre otros muchos, protestaron por su asesinato.

El Partido Comunista de México consideró que el homicidio había sido fraguado por el gobierno cubano y por el imperialismo norteamericano debido a la labor revolucionaria que realizaba el compañero Mella, vinculando a sus actividades a otros emigrantes cubanos residentes en México. Y hasta un corrido se le compuso:

Quando cayó Julio Mella  
la mano en el corazón,  
dijo: “Mi muerte es muy bella,  
es por la Revolución”.

#### LA REVOLUCIÓN CUBANA

Nada hay que acerque más a la tierra natal que el alejamiento forzado, decía Raúl Roa y recordaba que para Eurípides “el peor de los males es el destierro”. Mario Mencía se preguntaba: “¿Se ha valorado alguna vez en toda su magnitud el efecto potenciador del exilio en los hombres excepcionales?”. El 10 de marzo de 1952 Fulgencio Batista encabezó en Cuba la asonada militar que derrocó al Presidente Carlos Prío Socarrás. A los pocos días, el presidente depuesto y los integrantes de su gabinete llegaron a México, se hospedaron en el hotel Continental Reforma en su tránsito hacia los Estados Unidos. Se inició así otra oleada de exiliados, de la que formó parte Fidel Castro, prisionero por el Asalto al Cuartel Moncada, que al salir amnistiado de la cárcel en 1955, decidió organizarse desde México como representante del Movimiento 26 de julio. Para él, según testimonio de entonces, la vida del exilio “es triste, solitaria y dura. Parece que lo destruyen a uno en mil pedazos cuando lo alejan de la patria”.<sup>22</sup> La gripa que lo tiene postrado no es lo que más le importa cuando hace esa reflexión, sino la carencia de tabaco cubano que buena falta le hace.

No escatimó esfuerzos para llevar a cabo su tarea de conseguir pingües recursos con la más extrema discreción. Aun así, fue arrestado la noche del 20 de junio por agentes de la Federal de Seguridad y, junto con otros compañeros, fue llevado a los separos de esa dirección

<sup>22</sup> Mario Mencía, *La insurrección cubana y su tránsito por México* en *México y Cuba, op. cit.*, tomo II, p. 285.

policíaca en la calle de Miguel Schultz. Allí fue conducido también Ernesto Ché Guevara, quien había venido de Argentina a trabajar en el ejercicio de la medicina en el Hospital General y ahora participaba en las tareas organizadas por Castro al igual que Santiago Hirtzel, Eduardo Roig, Celso Maragoto, etcétera.

Un mes después, el 24 de julio fueron encarcelados y se cuenta que el expresidente Lázaro Cárdenas evitó la extradición. Pero esos hechos no atrajeron la atención del gran público. México iniciaba un periodo de estabilidad y vivía la secuela del alemanismo cuando terminó por encumbrarse la nueva burguesía surgida de la Revolución Mexicana. México era una fiesta con apenas algunas interrupciones. La modernidad se concebía como medio y futuro del país. La economía se superaba y la devaluación del peso frente al dólar apenas si afectó al conjunto de la sociedad, aunque los ricos se encontraron de pronto más ricos.

México era una fiesta, el público se divertía con el cine que había alcanzado un auge sobresaliente al superar a Argentina en su producción a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Para el grueso de los mexicanos Cuba era el lugar donde los ricos vacacionaban con lujo y un país productor de las bellezas que se veían en el cine, en particular el de las rumberas, y allí estaban como reinas Ninón Sevilla y también Rosa Carmina, Amalia Aguilar, María Antonieta Pons. Las películas eran filmadas completamente en México aunque incluían vistas de La Habana y el gallego-cubano Juan Orol contribuyó enormemente a la creación de ese arquetipo. Era tan fuerte la presencia de la mujer cubana en México que la bella Rosita Fornés fue invitada a participar en la primera transmisión televisada en México el 31 de agosto de 1950, aunque la inauguración oficial se hizo al día siguiente cuando los mexicanos que contaban con un aparato de televisión pudieron ver al Presidente Miguel Alemán rendir su cuarto informe de gobierno.

En la música señoreaba Dámaso Pérez Prado con su ritmo Mambo, por cierto, censurado por la Liga de la decencia y por la Iglesia católica. El origen inmediato de ese género orquestal con la combinación de *jazz* y con los ritmos tradicionales cubanos se remontaba a 1938, cuando el compositor habanero Orestes López creó su danzón *Mambo*. Pérez Prado retomó el ritmo y lo revolucionó; a los instrumentos ya indispensables: los cuatro saxofones y otras tantas cornetas, piano, bato, maracas, tumbadora, timbales y hierros, agregó una quinta corneta y un trombón de vara. El rítmico resultado provocó aún más al baile en 1949 y su éxito era tal que en 1951 el director mexicano Chano Urueta filmó en Cuba y en México *Al son del mambo*, iniciando una racha que aún no para. El exitoso ritmo fue bailado por todo el mundo y aun el director de cine Federico Fellini lo retomó para



hacer escuchar *Patricia* como música de su gran película *La dulce vida*.

Pero entre los arquetipos de entonces, ninguno tan plenamente instaurado como el melodrama cubano *El derecho de nacer*, que prácticamente dio origen a las radionovelas, fue tal su impacto que hasta la gran diva Dolores del Río prestó su voz a la protagonista mexicana. Después vendría la película en la que el personaje del doctor José Limonta, encarnado por Jorge Mistral, hacía sollozar a todo el público junto a la actriz Gloria Marín. De Cuba llegaron figuras indisolubles del cine mexicano como René Cardona, Rafael Banquells, Carmen Montejo, Dalia Íñiguez, entre muchísimos más. De Cuba llegó Olga Guillot, Daniel Santos y Benny Moré y luego Elena Burque y Omara Portuondo. Cuba y los grandes hoteles, Cuba y las bellas mujeres del Tropicana, Cuba y sus ritmos bailables, Cuba y su imagen para el consumo externo que poco tenía qué ver con la verdadera Cuba de los exiliados que organizaban una revolución desde México.

Empeñados en su tarea, los militantes del MR-26-7 seguían trabajando y burlando la vigilancia policiaca en México. En 1956 compraron a un estadounidense el yate Granma, un vejestorio construido en 1943 que después del ciclón que en 1955 azotó con fuerza la costa del Golfo, quedó varado a la orilla del río Tuxpan en Santiago de las Peñas, Veracruz. Con armas y parque acumulados con dificultad, el 25 de noviembre de 1956, en una noche de fuerte lluvia, se hizo a la mar transportando a ochenta y dos hombres y mujeres, todos en una nave diseñada para apenas veinticinco pasajeros.

De entonces es una frase del Manifiesto número 1 del 26 de julio dirigida al pueblo de Cuba, que merece recordarse:

En Cuba sólo tienen derecho a escribir cuanto se les antoja los seis libelos que sostiene la dictadura con el dinero que le esquilma a los maestros y empleados públicos; en Cuba sólo pueden reunirse libremente los incondicionales del régimen o los que les hacen el juego desde una oposición dócil e inofensiva; en Cuba sólo tienen derecho a vivir los que se ponen de rodillas.

En México se informa por la vía del periodismo de lo que acontece en Cuba. Manuel Camín, enviado especial del *Excelsior*, realizará una crónica pormenorizada entre el 23 de marzo y el 3 de abril de 1958 de las actividades de los rebeldes de Sierra Maestra para derrocar al régimen de Batista. El exilio se extiende, pero esta vez no son los opuestos al poder los que abandonan la isla sino los que temen el cambio de rumbo de la rueda del destino. Las calles de la Ciudad de México se inundan de cubanos que ocupan toda la empresa hotelera sobre todo conforme avanza ese año. No se equivocan porque el dictador prepara también su equipaje y en la noche festiva del 31 de diciembre no llega a la recepción porque ha preferido tomar el avión que lo espera desde varios días atrás. El 1° de enero de 1959 la promesa del Moncada comienza a hacerse realidad y el día 8 los revolucionarios entran en La Habana.

De nuevo la solidaridad de los mexicanos se expresa y surgen círculos de apoyo a la Revolución Cubana,



entre ellos el Comité Impulsor de la Lucha por la Paz, presidido por Narciso Bassols. El 24 de julio de 1959 el expresidente Lázaro Cárdenas logró viajar a Cuba luego de sortear la oposición del Presidente de la República, Adolfo López Mateos, quien recurrió a todos los medios, incluso cancelando el vuelo a La Habana, para evitar el gesto efusivo que podía tener hondas repercusiones por el respeto que aún despierta el divisionario michoacano. Envuelto en su gabardina gris y su sombrero a la moda, Cárdenas espera paciente hasta que el presidente cede y le deja partir. El día 26 de julio aparece al lado de Fidel Castro en un mitin ante miles de cubanos que apoyan a la revolución celebrando el VI aniversario del Asalto al Cuartel Moncada. En su discurso dice:

Los mexicanos sabemos bien que las revoluciones no se importan ni se exportan. Respetamos en su integridad a los movimientos emancipadores de los demás pueblos... Pedimos, al igual que millones de ciudadanos de América respeto para el pueblo de Cuba; para sus decisiones libremente tomadas y libremente cumplidas en el uso de su derecho a vivir de acuerdo con su voluntad.<sup>23</sup>

Cárdenas se convirtió en una figura clave para el apoyo a la soberanía cubana, presidió la Conferencia Latinoamericana celebrada en México en 1961, llamó a los mexicanos desde el Zócalo para defender los derechos de los cubanos y actuó para que desde el Movimiento de Liberación Nacional se crease un Comité Nacional de Solidaridad con Cuba en el contexto de la invasión a Bahía de Cochinos preparada con el apoyo de los Estados Unidos.

<sup>23</sup> Alonso Aguilar M., "Solidaridad con la Revolución cubana" en *México y Cuba...* *op.cit.*, tomo II, pp. 433-434.

#### EN EL FILO DE LA HISTORIA

México asumió la defensa de la Revolución Cubana reconociendo de inmediato a su gobierno y eludiendo las resoluciones anticubanas de la Organización de Estados Americanos (OEA). México tampoco aceptó sumarse al bloqueo y denunció lo que eso lastimaba a la economía y, sobre todo, a las personas. Con azoro y temor el mundo contempló la crisis de los misiles durante el otoño de 1962 que definió el lado que escogería el gobierno cubano en el gran escenario de la guerra fría.

Fue sin duda un momento decisivo. Apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, en 1947, el Presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, declaró que el mundo se encontraba dividido en dos bandos irreconciliables: "el mundo libre", opción de la mayoría, y el comunista, impuesto por el terror y la opresión. Promocionó entonces la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, conocido como el Tratado de Río. Un año después se creó la OEA con la idea de usarla como defensa de todo tipo de amenaza extracontinental. Se exacerbó la persecución contra los partidos comunistas y a sus miembros se les caracterizó como opositores a los gobiernos constituidos y a los agentes prosoviéticos.

Ése era el contexto cuando en 1961 Fidel Castro declaró el carácter socialistas del régimen cubano y recurrió al apoyo de la Unión Soviética. Los Estados Unidos reaccionó con la Operación Mangosta que incluía la acción de grupos paramilitares, sabotaje y bloqueo económico. Basado en los principios básicos de la política exterior: autodeterminación de los pueblos y no intervención en asuntos internos de otros países, México mantuvo relaciones diplomáticas con Cuba. El 5 de octubre de 1962, el Presidente López Mateos de-

claró que Cuba no representaba una amenaza para la causa de la paz en el hemisferio occidental y que la ayuda militar soviética a la isla tenía un carácter defensivo. Respondía con los argumentos que le había ofrecido Osvaldo Dorticós, presidente de Cuba. Sin embargo, López Mateos pidió al cubano que las bases no fueran utilizadas y las armas ofensivas se retiraran. Ésa fue la postura de México en la OEA donde la delegación respectiva aprobó la resolución que exigió el desmantelamiento de las bases y de los proyectiles de carácter ofensivo. El gobierno mexicano respondió así a las presiones que venía recibiendo de parte del presidente John F. Kennedy.<sup>24</sup>

Entonces una voz pacifista se alzó y el 24 de octubre Bertrand Russell hizo llegar al primer ministro soviético un llamado a la prudencia y a Kennedy le pidió: “detenga esa locura”.<sup>25</sup> El cronista que era un exiliado de siempre, Adolfo Gilly, dio cuenta del estado de ánimo que privaba en La Habana el día 27, cuando previsiblemente se iniciaría el ataque de los Estados Unidos:

Eran las once de la mañana. En el ascensor, un miliciano decía a otro que no se había rasurado: “Parece que vienen dentro de un rato. Ahora no te rasuras hasta después de la guerra”. Me fui caminando hasta mi domicilio, no lejos del Hotel Habana Riviera. La calle de mi casa estaba arbolada por flamboyanes en todo el esplendor de sus flores rojas. Por la acera de enfrente pasaba una muchacha hermosa como todo lo hermoso. La miré caminar bajo los árboles florecidos y se me quedó grabado mi pensamiento de ese instante: qué lástima que todo esto va a desaparecer entre las tres y las cuatro de la tarde.<sup>26</sup>

Pese a las tensiones evidentes de ese capítulo excepcional de la guerra fría por sus imprevisibles consecuencias, Nikita Kruschef y Kennedy mantuvieron contactos directos y el gobierno cubano se enteró a *posteriori* que habían llegado a un arreglo. El 29 de octubre se dio por concluido ese capítulo que mantuvo en ascuas al mundo entero, pero lo que había sido el bloqueo naval de los Estados Unidos se extendió a un bloqueo económico secundado por varias naciones, lo que ocasionó una de las más fuertes injusticias cometidas contra el pueblo cubano.

Lo que siguió es historia conocida: la inalcanzable zafra de diez millones de toneladas, la muerte del Ché

convertido en icono de la juventud junto a Bob Dylan y Los Beatles, el grito de los manifestantes; *Yankees Go Home!*, las reuniones de jóvenes para escuchar la larguísima Declaración de la Habana, las movilizaciones estudiantiles de 1968 que se iniciaron celebrando la revolución cubana, los exitosos programas sociales de educación y salud en Cuba, las innegables realizaciones culturales y el *boom* de la literatura cubana de escritores de dentro y de afuera de la isla, la inundación de libros de Casa de las Américas en los países latinoamericanos y el filme *Memorias del subdesarrollo* de Tomás Gutiérrez Alea exhibiéndose en todos los cine clubes, las guerrillas en México, los carteles de Portocarrero, *Paradiso* de José Lezama Lima y *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante con todo y premio Seix Barral y los críticos desde el exilio, la creación de los lamentables lazaretos, el capítulo de Mariel y los gusanos, Angola, la economía de guerra en tiempos de paz, el fin del apoyo soviético destruido por sus propias contradicciones y los gusanos convertidos en mariposas. Y la frase de Eliseo Alberto en su extraordinario *Informe contra mí mismo*: “no se vale... nos enseñaron a leer para luego decirnos que no podíamos leerlo todo, nos enseñaron a pensar para luego decirnos que no podíamos tener criterio propio...”.<sup>27</sup>

Fidel, defensor contra viento y marea de su proyecto, Fidel Castro el líder indiscutible del primer país socialista de América, debido a motivos imperiosos que no le dejaban descuidar su tarea, sólo volvió a México hasta 1979 y se mantuvo lejos de la capital, en la isla de Cozumel, donde fue recibido por el Presidente José López Portillo.

El nuevo exilio continuó y Miami se convirtió en el lugar donde viven más cubanos después de Cuba. Sólo entre la primavera y el verano de 1980 llegaron a Key West más de ciento veinticinco mil cubanos en lo que se identificó como el caso de El Mariel, principal barco utilizado, y se dice que ochenta y cinco mil se sumaron al núcleo que previamente existía en Miami. La literatura ha dado un marcado giro sobre la vida del exilio de quienes lo gozan y de quienes de lo padecen. Entre los primeros está Alejo Carpentier, más “viajero frecuente” que exiliado, dispuesto a abrirse al mundo y a tratarlo en su vasta obra narrativa que toma temas desde la vida colonial, la esclavitud y la revolución en Cuba, por supuesto, pasando por París. José Lezama Lima, al contrario, eligió el exilio interior de la casa devorada por la selva que con su barroquismo engulle confundiéndolo todo. Reynaldo Arenas tuvo que imaginar primero el exilio antes de padecerlo y convertirse en Fray Servando Teresa de Mier en *El Mundo Alucinante* y recorrer

<sup>24</sup> Mercedes de Vega, *Oficios confidenciales. Fuentes documentales de la Cancillería Mexicana*, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, sin datos.

<sup>25</sup> Adolfo Gilly hace un magnífico relato sobre esa crisis en “A la luz del relámpago: Cuba en octubre” en *Perfil de La Jornada*, viernes 29 de noviembre de 2002.

<sup>26</sup> *Idem*.

<sup>27</sup> Extra Alfaguara, México, 1996, p. 174.



México, país que no conocía, aún cuando fueran las postrimerías del siglo XVIII. Su literatura es la de un condenado forzado a vivir la vida que se le escapa en *Mientras anochezca*. Y el exilio es Cabrera Infante que en la memoria cubana prefiere ir al cine que comer sardina, es el recuento de Eliseo Alberto que con sus memorias revive La Habana y a su padre Eliseo Diego y recuerda también a su tío Cintio para realizar el saldo compartido con muchos otros que en sus sueños siguen respirando la brisa que viene del mar.

Algunos, como Virgilio Piñera, permanecieron en la isla para continuar saboreando el café al que estaba acostumbrado su paladar. Su muerte motivó a Reinaldo Arenas a escribir sobre la “fatalidad insular de la isla”, “la maldita circunstancia del agua por todas partes” en obvia alusión al exilio negado. Dos de los más sufridores del alma cubana murieron en la imposible reconciliación y sin absolución alguna. En su último relato, *Antes que anochezca*, Arenas atribuyó a su amigo sus sentimientos:

Virgilio también llegó a la conclusión de que la única salvación posible era irse de la isla. Un día me dijo, mientras caminábamos por La Habana Vieja: “¿Te enteraste de que le van a dar salida a Padilla? Oye, si dejan salir a Padilla, nos dejan salir a todos”. Desgraciadamente, no fue así; Virgilio nunca pudo salir.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Rita Molinero, *Virgilio Piñera. La memoria del cuerpo*. Editorial Plaza Mayor, San Juan de Puerto Rico, 2002. Sentido y profundo homenaje desde diferentes especialidades de la obra del poeta que confundió la pesadilla con el sueño.

El exilio son los muy variados personajes con los vicios y las virtudes de ser los que no tienen patria o que la llevan por el mundo sobre los hombros o bien la adquirieron en cualquier lugar, como en la actualidad le ha ocurrido en Hollywood al actor Andy García o al genial fotógrafo Néstor Almendros, por cierto hijo de otro exiliado en Cuba, el pedagogo español Herminio Almendros; o en la música Gloria Stephan y los Van Van, que quizá se llaman así porque van y vienen.

Ésta es una historia de exilios que continúa cuando se supondría que la revolución detendría a esos miles de seres obligados a formar parte de familias divididas en territorios diferentes. Los exiliados tienen el cuerpo en un país y el espíritu en otro. Cuba contribuyó con su revolución a la suma de millones de desplazados durante el siglo XX que no viven en el país de su ciudadanía. Los más recientes acontecimientos muestran la eterna intención de salir, como cuando se involucró a la embajada de México en La Habana por el discurso del entonces canciller, pronunciado el 26 de febrero de 2002 al inaugurar el Centro Cultural de México en Miami y que se difundió ampliamente por Radio Martí, en el cual el responsable de la política exterior afirmaba que el país tenía abiertas sus puertas. La metáfora de cortesía del doble discurso no fue comprendida con claridad y el saldo fue de dos centenas de detenidos y noventa procesados, así como la intervención de la fuerza policiaca en nuestra embajada. Algo digno de la mejor sociología de Pierre Bourdieu para abono de sus tesis sobre la miseria del mundo, podía resultar de entender las motivaciones de esas personas cuyas edades fluctuaban entre los diecisiete y los treinta y ocho años. Algo semejante ha acontecido en otros países o, ¿no es así la reite-



rada actitud de los mexicanos que buscan en los Estados Unidos la forma de poner fin a su precaria capacidad de supervivencia?

Un adusto Fidel Castro, vestido con el uniforme verde olivo de su fama, al comandar otras batallas, observó desde la calle la intervención de las fuerzas policíacas, a solicitud de las autoridades mexicanas dijo: “les salió el tiro por la culata” refiriéndose no al aparato represivo sino a los “delincuentes” que, entre otros delitos, piensan y desean un mundo mejor. Entre sus declaraciones el comandante dejó ver que procedería a la rehabilitación de los disidentes, eufemismo que lamentablemente ha llevado a mucha gente a las cárceles en ese país.

A ese momento se adelantó Sara Sefchovich cuando “la personaje” de su novela *La señora de los sueños* por lo mucho que ama a Fidel, le habla con el corazón: “este pueblo que te recibió esperanzado hace más de treinta años y que tanto te ha querido, te pide que le ayudes, que no lo hagas sufrir más. Te pide que te vayas”.<sup>29</sup>

Fidel Castro visitó México brevemente para enfrentar con dignidad un difundido desaire del Presidente Vicente Fox en aquel año. Las que habían sido relaciones ejemplares por la amistosa reciprocidad cambiaron cuando el Partido Revolucionario Institucional perdió el gobierno mexicano y lo ganó el Partido Acción Nacional, en el contexto del nuevo orden internacional que hegemoniza los Estados Unidos. Lo peor de la crisis entre ambos gobiernos llegaría en abril de 2005 por diferentes asuntos: a) el enfrentamiento por el supuesto

paso por México rumbo a los Estados Unidos de Luis Posada Carriles, a quien Castro calificó de terrorista; b) el voto de México a favor del envío de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU a Cuba, pese al compromiso previamente establecido de abstenerse; c) la disputa por el cargo del presidente de la Organización de Estados Americanos y la negativa de Cuba por apoyar la propuesta mexicana de impulsar la candidatura del canciller Luis Ernesto Derbez, quien finalmente se retiró; c) el agresivo discurso que Fidel Castro pronunció el 26 de abril en contra del gobierno de México, encabezado por Fox, a quien criticó por el desafuero del jefe de gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador y lo aludió de forma peyorativa: “Hay que estar loco para creer que un gerente puede gobernar un país”.<sup>30</sup> La crisis, pese a todo, no ha concluido.

Haciendo frente a numerosos problemas y ante un presente adverso los cubanos trabajan, escriben, sobreviven a su difícil situación, intercambian correos y dólares, las familias divididas en diferentes países piensan un futuro, bailan y cantan; por eso, como mexicano, me quedo con la voz de Silvio Rodríguez cuando el concierto ha terminado y los jóvenes se dispersan por las calles de la Ciudad de México tarareando: “si no creyera en la esperanza...”. **U**

<sup>30</sup> *La Jornada*, 27 de abril de 2005.

<sup>29</sup> Planeta, México, 1993, p. 223. Hay una versión en portugués, *A senhora dos sonhos* dos Editora Record, Rio de Janeiro / São Paulo, 1998.

Agradecemos a Rubén Vázquez las fotografías que acompañan este texto.